

nos haya colocado y valiéndonos de cuantos recursos materiales é intelectuales nos concedió la Naturaleza. Lo contrario fuera una insigne cobardía y una gran maldad.

De ahí que yo imaginase **AURORA**; de ahí que la escribiese; de ahí... pero, ¿á qué continuar? Haciéndolo, sería esta carta el prólogo que usted me pide y que, según le he manifestado, no pienso escribir.

Ahí está **AURORA**; en el Plan que precede al drama, constan, expresados rápidamente, sin alíños sintáxicos ni retóricas de ninguna clase, mis afanes, mis propósitos, lo que yo he querido que fuese **AURORA**... ¡Ojalá que su lectura ó sus representaciones escénicas contribuyan, siquiera sea, como no puede menos de ser, modestísimamente, á ensanchar un poco la senda que ha de conducirnos al porvenir.

Muy a 'ectísimo amigo de usted,

Joaquín Dicenta.

PLAN

CARACTERES

Aurora.—Es una muchacha de procedencia humilde; su madre, una obrera de fábrica, sin tiempo para cuidar de la hija; su padre, otro obrero á quien faltaba tiempo para ganarse la vida encima de un andamio.

Se ha criado, pues, Aurora en un medio ambiente funesto para su desarrollo físico y moral. Pero de igual suerte que las energías de su organismo material han triunfado de la miseria para hacerla hermosa, han triunfado, del desamparo y del mal ejemplo, las energías del organismo moral, para hacerla buena. No quiere esto decir que Aurora sea una mujer honrada, en el sentido que hoy concedemos, ó, mejor dicho, concede el vulgo á la palabra honradez. No; Aurora ha seguido la suerte que, por regla general, cabe á casi todas las obreras en los grandes centros de población. Trabajando desde los diez años en la misma fábrica que su madre; acostumbrada á considerar al amo como á un Dios y á respetarle y obedecerle en todo, el día en que el amo quiso hacerla suya, le obedeció para deshonorarse, como le obedecía para trabajar; luego fué... una de tantas obreras perdidas para la honradez. Pero, junto á esta perversión de influencia, conserva un corazón sano, una exquisita sensibilidad, una gran nobleza de sentimientos. Joven, sana, fuerte, rápida en la comprensión, vibrante en los afectos, generosa en el proceder, franca en las acciones, hay en ella materia para todo lo bueno, para todo lo grande; materia que, las perversiones de la educación y del medio ambiente, han podido bastardear, pero no han logrado destruir.

En las condiciones normales de la vida, será una de tantas infelices mujeres como andan por ahí, ineducadas, fáciles, trabajadoras, bondadosas y prodigando á tontas y á locas los tesoros de su bondad. Si un acontecimiento grande cualquiera, chocando con fuerza sobre este carácter, lo conmueve, puede hacerle capaz de todas las sublimidades, de las educaciones todas, y convertir la hembra pasiva y buena en mujer fuerte, valerosa, firme de conciencia, capaz de arrostrar sin vacilaciones las luchas de la vida y de salir en ellas triunfante. El germen de todas las virtudes femeninas está en ella; basta desarrollarlo para que dé fruto.

En resumen: Aurora es una mujer ineducada, no ineducable, desviada, no pervertida; vulgarizada, no vulgar; empedernida, no insignificante; deformada, no destruida por la educación y por el medio ambiente.

Esto por lo que toca á la parte moral. En la parte física es joven, fuerte, con mucha sangre en las venas, mucho poderío en los músculos y mucha electricidad en los nervios. Un temperamento robusto y sano, estuchado en un cuerpo hermoso.

Matilde.—Un organismo degenerado por vicios de herencia. La herencia ha hecho de ella una histérica pálida, viciosa, lasciva y más rica en sensaciones que en sentimientos. La educación falsa, hipócrita, superficial, puramente decorativa y oropelesca que ha recibido, sumada con el medio ambiente mezquino, egoísta, rutinario y mansamente inmoral en que vive nuestra clase media, se han encargado de completar la obra de la Naturaleza.

En el colegio de monjas, donde la educaron, ha aprendido á rezar, no á orar y á comprender lo que la oración significa; á hacer *examen de conciencia*, no á tener conciencia; á representar bondades, no á ser buena; á exteriorizar la honradez, no á sentirla. Sus compañeras le han hecho comprender los goces que ella imaginó, y ha salido al mundo muy aleccionada en el disimulo y muy dispuesta á hacer su voluntad y á gozar de la vida.

La atmósfera en que vive desde su salida del colegio, sólo ha servido para desarrollar estas aptitudes y para enseñarla, más que á combatir y vencer sus apetitos, á ocultarlos con una máscara de hipócrita honradez y á realizarlos á mansalva y sin que nadie se entere de que los realiza. Ser honrada, buena, generosa, sensible, pero serlo para los ojos de los demás; eso ha aprendido: á ser una excelente muchacha por fuera, sin perjuicio de ser una miserable por dentro. Eso es lo que ha visto en el ejemplo de cuantos la rodean. *Parecer*, no *ser*, es la base de su educación, y en ella se apoya y á ella sólo obedece.

Matilde es, pues, á los veinte años, una mujer codiciosa, sensual, insensible, hipócrita, falsa, egoísta, calculadora, y amén de esto, elegante, guapa y vanidosa.

Doña Remedios.—Madre de Matilde. Viuda de un banquero que supo quebrar asegurando el porvenir de su familia y la desdicha de los infelices que le confiaron sus fondos. Es muy religiosa, tanto, que no falta nunca á función de iglesia desde que cumplió los cuarenta y cinco años. A esa edad, como ya no podía entretener á los hombres, se dedicó á entretener á Dios. Es tan egoísta, tan codiciosa y tan calculadora como su hija; y supo siempre cumplir sus liviandades sin perjuicio del buen parecer.

Petra.—Doncella de Matilde. Una mujer del pueblo, alegre, despreocupada. Sacando partido de sus amos, y burlándose de ellos, vive alegrando con su carácter bullicioso, las miserias de su existir diario.

Manuel.—Procede de la misma clase y de la misma familia que Matilde. Su educación (dada la diferencia que entre la edu-

cación de un hombre y la de una mujer existe), ha sido idéntica á la de aquélla, sólo que, por un fenómeno de selección natural, resulta un sér distinto, aparte, de otra condición, de otra estructura moral é intelectual, de otra esencia que todos los suyos. Temperamento bien equilibrado, corazón noble, inteligencia poderosa, supo, gracias al poderío de ese corazón y de esa inteligencia, sustraerse al medio ambiente que le rodeaba y á la primera educación que había recibido. Rehizo por sí mismo la pésima obra que con él habían tratado de realizar el sistema educativo y la costumbre; dejó de ser una ruedecilla más que no discordase en la estúpida maquinaria social de que quisieron hacerle formar parte, y se convirtió en un hombre libre, fortalecido por el estudio y por la ciencia, de que es ferviente apasionado, adepto incondicional, sacerdote fiel y campeón irreducible.

Piensa Manuel que la sociedad no ha de regenerarse colectivamente con leyes amañadas en un Congreso é impresas en una *Gaceta*, sino individualmente, educando á la humanidad, hombre por hombre, para conseguir, haciendo hombres educados, la redención humana.

Persiguiendo estos fines, se ha dedicado al estudio de la ciencia médica; no al de esa medicina rutinaria que consiste en recetar y cobrar las recetas; al estudio del hombre como ser que vive y que piensa; al de todas aquellas materias que pueden contribuir al perfeccionamiento físico, arranque del perfeccionamiento moral é intelectual de la especie. No es sólo un sabio: es un reformador, y á este fin ha sacrificado casi toda su juventud y casi todo su escaso patrimonio para encontrarse á los treinta años dispuesto á comenzar la lucha que, con el solo enunciado de sus ideales, juzga inevitable y precisa.

No es Manuel un sabio indigesto que se pasa la existencia emitiendo doctoralmente sus teorías. Al contrario, su trato es afable, su carácter alegre, su juventud expansiva. Supo ser sabio sin dejar de ser joven; y tal aparece al comienzo de esta obra, cuando, de regreso del extranjero, vuelve á su casa odiando todas las falsedades, todas las rutinas, todas las hipocresías y todos los sociales convencionalismos; procurando hacer felices á los demás y serlo él también; dispuesto á transigir con los humanos defectos, nunca con las infamias humanas; respetando y disculpando las debilidades, pero maldiciendo y execrando las indignidades. Un hombre fuerte de cuerpo, de corazón y de inteligencia, en una palabra.

Enrique.—Es un mozo frío, indiferente, ambicioso y calculador. Desprovisto en absoluto de sentido moral, no reparara en cometer la más infame de las acciones, si ella le conduce al logro de sus deseos y no le pone en contacto con la justicia. De ilustración mediana, pero la suficiente á hacerle pasar por un talento de primer orden entre los necios ó los malvados que le rodean; atrevido, simpático, audaz, egoísta, pensando que el hombre no ha traído al mundo otra misión que la de procurar por él y para él, resulta un carácter muy á propósito para imponerse y dominar, dada la sociedad en que vive. En la vida privada, es un gozador incansable y fuerte, tan desaprensivo como en la pública.

Don Ambrosio.—Hermano del padre de Manuel y de la madre de Matilde. Magistrado muy severo en el ejercicio de su cargo cuando no andan faldas ó influencias políticas de por medio. Considera la carrera judicial no como un sacerdocio, como un medio de medrar, y lo ha conseguido, inclinándose siempre del lado del fuerte para que el fuerte le empuje hacia arriba.

Exteriormente hombre severo, respetable, inabordable y rígido. En el fondo un truhán facilitón y libidinoso.

Don Homobono.—Es un vejete socarrón, de cara afeitada y carácter afabilísimo. Administra los bienes de muchas Comunidades religiosas y vive de ellas; pero este oficio no le impide ser transigente, y un si es ó no es despreocupado é indulgente con lo que él llama "pecadillos." Con tal de que la gente confiese, comulgue y no se olvide de hacer una limosnita á las Comunidades de su cargo, pasa por todo. En la apariencia muy temeroso de Dios, muy amante de la justicia y poniendo la conciencia y el deber por encima de todo. En el fondo un pícaro, que sólo atiende á su negocio y va á él tortuosa, pero segura y decididamente.

La característica de su trato es una suavidad aceitosa, de la cual se sirve para apoderarse de la voluntad ajena y llevarla por donde le conviene que vaya.

El doctor Ramírez.—Un médico, mejor, un traficante en medicina, que hace de su oficio una farsa para explotar cándidos. Fía poco á la ciencia y todo á las apariencias lo fía. Mucho lujo en su gabinete de consultas; coche á la puerta; visita cara y recetas de *última moda*, como en los almacenes de lujo; en eso estriban sus principales medios para adquirir fama y ganar dinero. Una y otra cosa logra. No es ignorante, ni tonto; pero es un hombre poco escrupuloso y muy conocedor de la sociedad en que vive. Una medicina cualquiera recetada en papel perfumado, una galantería á las mujeres y un chiste á los hombres, son la base de todos sus planes curativos; amén de acudir á espectáculos, bailes, paseos, etc., con objeto de cultivar y extender su clientela.

1625 MONTERREY, MEXICO

ARGUMENTO

Un hermano de la madre de Matilde y del padre de Manuel; un general, más famoso por sus intrigas políticas y sus especulaciones coloniales, que por su valor y conocimientos en el arte difícil de la guerra, dejó al morir una fortuna de cinco millones de pesetas, producto de sus rapiñas; y dejó por ejecutor testamentario á don Homobono, porque él fué (el general) hombre muy religioso, que supo repartir equitativamente con la Iglesia el fruto de sus vandalismos ultraoceánicos. Así procuró captarse las simpatías del cielo, sin descuidar los goces, comodidades y satisfacciones de la tierra.

Era voluntad testamentaria del ilustre finado que se entregara su fortuna á una Comunidad de monjas que administra don Homobono, y que esta Comunidad, caso de que Matilde y Manuel contrajeran matrimonio entre sí, les entregara dos millones de pesetas el día de la boda.

Caso de que el matrimonio, por oposición de los dos ó alguna de las partes no se verificara, entendáse que quedaba nulo el deseo; y en tal caso la fortuna pasaría á poder de don Homobono, es decir, á la Comunidad de monjas que éste administra.

Es, pues, este matrimonio cosa resuelta entre la familia. Manuel, por propia decisión, ha ido al extranjero para terminar y pulir sus estudios; pero se ha ido en la seguridad de que á su vuelta contraerá matrimonio con Matilde, hacia la cual experimentaba al marcharse, si no amor, esa simpatía juvenil que puede conducir al amor.

Matilde también veía en su primo al marido futuro, y más que nada al único hombre que podía proporcionarle los dos millones de pesetas, con los cuales contaba ella para realizar todos sus sueños de vanidad, lujo y coquetería.

Claro que de estos proyectos matrimoniales apenas se habló delante de los muzuelos, mientras éstos no estuvieron en edad conveniente para comenzar á cumplirlos. Encerrada Matilde en el colegio; entregado á sus estudios y á sus diversiones de mozo Manuel, no les causaba el futuro lazo ni preocupación ni ansiedad; pensaban en él como en cosa precisa, pero lejana, á la que, por entonces, no concedían importancia alguna.

Por aquella época Manuel, que estaba de practicante en un hospital, conoció allí, en clase de enferma, á Aurora. La obrera, doliente, sin recursos, había tenido que refugiarse en el asilo de los enfermos pobres y fué á dar en la sala donde prestaba Manuel

sus servicios. Prendóse de ella el practicante y del practicante ella; asistióla el mozo con esmero y fueron consecuencia de aquel trato diario, unas relaciones íntimas, que se rompieron con la partida de Manuel y que dejaron en el corazón de la obrera más profunda huella que en el del señorito. Pero ¡qué remedio! Manuel se alejaba, Aurora no era ninguna virgen cuando Manuel la conoció y las relaciones terminaron, con sentimiento por parte de él, con pena hondísima por la de ella.

Así las cosas, Matilde, salida del colegio; la madre de Matilde entregada á sus devociones; el magistrado á sus liviandades y gatuperios; el médico á sus farsas; Enrique al logro de sus ambiciones, y don Homobono acariciando planes que con su bondad aparente y su aparente franqueza disimula, llegó la ausencia de Manuel y cinco años han transcurrido desde entonces cuando comienza la acción dramática en el seno de aquella familia, á la que, por caprichos de la suerte y designios de don Homobono, presta servicios de costurera Aurora, la antigua amante de Manuel.

Durante la ausencia de Manuel han ocurrido sucesos graves que determinarán y llevarán á su desenlace la acción dramática.

Fuera parte de las condiciones de la familia que le espera, condiciones morales bastardeadas, con las cuales ha de chocar forzosamente el carácter recto, noble y generoso de Manuel, existen acontecimientos íntimos, si no originadores, determinadores del conflicto.

Matilde al salir del colegio se ha tropezado con Enrique y ha gustado de él como él de ella. Aquel mozo atrevido, audaz, fuerte y voluntarioso, seduce el lascivo temperamento de Matilde, que cae en sus brazos un día cualquiera y es suya, no por amor, por liviandad; no con la esperanza de que un enlace dignifique su falta, con el propósito de gozar y seguir gozando de aquel hombre tan concordante con ella; esto sin perjuicio de realizar su matrimonio con Manuel; ¿cómo no, si el matrimonio significa la posesión de los millones? Así tendrá un amante para los deleites de su carne y un capital para sus ambiciones de vanidad, de orgullo y de preponderancia.

Tampoco Enrique pensó, ni por un instante siquiera, en dignificar por el matrimonio la posesión de Matilde. Matilde, aquella histórica sedienta de gocees, satisface sus apetitos de macho, pero no es la mujer que le conviene para mujer propia. Matilde no aportaría al matrimonio ni fortuna, ni influencia, dos cosas que Enrique irremisiblemente necesita para labrar su porvenir. El buscará esposa ó entre las primogénitas de la alta banca ó entre las primogénitas de la política; poco le importa que esa esposa sea bonita ó fea, honrada ó no; sólo quiere una cosa, ó que tenga dinero, para comprar con el dinero la influencia, ó que tenga influencia, para adquirir con la influencia el dinero.

Los dos están acordados en no casarse; y también lo están en que se realice la boda con Manuel, sin perjuicio de continuar sus relaciones después de la boda y burlarse á mansalva del otro.

Por lo que á la madre de Matilde, y al hermano de su madre hace, no tienen ojos más que para la consumación del matrimonio que ha de asegurarles una vejez espléndida; á eso se dedican sus afanes,

á mantener en el espíritu de Matilde el deseo, el propósito firme de llevar á término la boda con Manuel; lo que haya podido ocurrir antes, lo que ocurra luego, les importa poco. Así es que miman y agasajan y hasta disculpan las veleidades de la niña, veleidades que no creen hayan llegado á los extremos de gravedad que realmente tienen. Esas veleidades terminarán con la presencia de Manuel. Así se lo han hecho entender á Matilde y ésta se muestra en un todo conforme con ellos.

También el médico mira con gusto el futuro matrimonio; al fin y al cabo él dirigirá los pasos primeros del médico novel, y manejando su persona, algo manejará también de su fortuna.

El que, á vueltas de dulzura y aparente insignificancia, se ocupa en crear obstáculos á la boda, es don Homobono; ¿por qué?... Muy sencillo; no realizándose la boda, todo el dinero queda para las monjas; él lo administra y algo queda de administrar bien.

En tales circunstancias, llega á Madrid Manuel. Aurora por un incidente correspondiente á la acción dramática, el cual incidente se explicará al hacerse el desarrollo de la trama escénica, sorprende los amores de Matilde y Enrique, siquiera ignore que el Manuel á quien se espera, es el hombre á quien ella ha querido tanto y de quien guarda en su alma perenne recuerdo.

Llega Manuel y de la primera entrevista con su familia nace el primer choque. Aquel hombre, que trae en el cerebro planes de regeneración humana, de sacrificios por la ciencia, de justicia y progreso, se encuentra rodeado de individuos mezquinos, que no le comprenden y baten en brecha, tratando de locuras é inexperiencias, todos sus amplios y humanos propósitos. El magistrado se encoje de hombros al oírle explicar sus altos ideales de justicia; el médico se burla de él, cuando manifiesta que se impondrá á las gentes por sus conocimientos científicos, por sus estudios, por sus trabajos, sin cuidarse para nada de cultivar las exterioridades y farsas y oropeles de que tanto se paga el mundo. La madre de Matilde, Matilde misma, miran, entre compasivas y sobresaltadas, á aquel loco que piensa invertir su fortuna en investigaciones y proyectos que den por resultado el bien de los demás, sin preocuparse para nada de los propios bienes, placeres, comodidades y venturas. Enrique contempla con desdén al soñador ansioso de progresos y reivindicaciones humanas, al hombre que en vez de aprovechar su inteligencia, su actividad, sus conocimientos y sus caudales para dominar á sus prójimos, trata de regenerarlos, de educarlos, de hacerles hombres fuertes, libres y dichosos... Don Homobono se ríe con risa de satisfacción, como si hubiese encontrado en Manuel al hombre que necesitaba para la consecución de sus fines.

¿Dónde he caído yo?—se preguntaba Manuel con asombro idéntico al asombro á que los otros produce.—¿Qué gente es la que me rodea? ¿Qué espíritus mezquinos los que componen mi familia? Sólo hace una excepción en favor de Matilde; la cree buena; las cartas que de ella ha recibido durante la ausencia alentándole, para proseguir sus tareas, la hermosura de la muchacha, que al presentarse delante de él ha convertido en deseo amoroso lo que antes era simpatía, todo influye para que conceptúe á Matilde capaz de hacerle feliz, de ser digna compañera suya cuando de ella

desaparezcan, gracias á su influjo, los resabios y defectos que una mala educación la han hecho adquirir. Considera fruto sólo amenazado de enfermedad lo que es fruto podrido; y así lo cree y en tal sentido habla con Matilde, mientras Aurora, que conoce á fondo á la futura esposa y que á la presencia de Manuel ha sentido revivir el amor que siempre por él ha conservado, Aurora, que oye las esperanzas y los proyectos de su antiguo amante, le compadece y sufre y piensa en evitar por cuantos medios estén á su alcance la desdichada vida que le aguarda.

Este choque inicial determina un conflicto que va desarrollándose rápida y fatalmente. No, no es posible que Manuel soporte sin enérgica protesta la atmósfera estúpida que le envuelve y dentro de la cual pretenden asfixiarle; no es posible que pueda ser feliz donde no es comprendido. Así quiere hacerselo entender á Matilde, cuyos crímenes ignora; á Matilde, á quien participa en un arranque de espontaneidad y pasión, todos sus proyectos; á Matilde, que no le comprende tampoco, y, no obstante, todo su disimulo y todo su afán de no perder la fortuna, consecuencia de su matrimonio, se lo da á entender, haciéndole exclamar: “¿Pero tú tampoco, tampoco tú me comprendes? Pues si no me comprendes tú, ¿qué va á ser nuestra existencia futura, cómo unir dos almas que giran por distintos polos?”. Y esta es su desesperación, desesperación que sorprende Aurora; Aurora, que ni por un instante ceja en su empeño de salvar á Manuel del ridículo, de arrancarlo de las perfidias de Matilde, no por guardarlo para sí, no por impulsos egoístas: por sentimiento de ingénita bondad y justicia; por impulso de un amor noble y franco, por compasión profunda; por admiración no razonada; ella admira, sin comprenderlos, los proyectos, la inteligencia, el poderoso genio de Manuel; y al verle cegado por el amor de Matilde, al ver que aun cree en ella, exclama en una explosión de brusca y leal sinceridad: “No, esa mujer no te merece; esa mujer es una infame, querida de otro; se casa contigo porque necesita hacerlo para recoger la fortuna que de otro modo perderá; no; á ti, ni te quiere, ni te entiende, ni te admira. No te merece, porque te engaña; no te merece, porque es una infame.”

—¿Pero eso es cierto?—exclama Manuel.—¿No me engañas? ¿No querrás, acaso, por móviles celosos desacreditarla á mis ojos?...

—No, Manuel; no me juzgues de esa manera—exclama Aurora.—Yo te quiero, es verdad; te he querido siempre; pero sé que entre nosotros todo ha concluído, que nada puede haber entre nosotros por nuestra clase porque yo soy una obrera y tú un señorito; por mi condición moral, porque yo estaba deshonrada cuando te conocí; pero yo te venero, te respeto, te admiro como á un Dios y no quiero que mi Dios sea engañado por una mujer sin entrañas y sin conciencia.

—No, no son los celos; tengo una prueba y una prueba cierta, eficaz, una prueba que tú puedes asegurar y comprobar por tí mismo esta noche están Matilde y Enrique, citados en el pabellón puedes sorprenderlos.

La noticia es cierta. Manuel conoce la verdad; y sorprende la cita y renuncia, en presencia de todos aquellos canallas á quienes

execra y rechaza con indignación, á la boda, al caudal, ¡qué á eso! á todo trato, á toda relación. “¡Ah!—exclama,—no, vosotros no sois mi familia, no tenéis nada de común conmigo. Espíritus mezquinos, corazones villanos, seres podridos de alma y de cuerpo, para vosotros no existe ya redención posible, hay que abandonaros, que desterraros por inútiles, por perniciosos. De vosotros no pueden salir más que la miseria y el envilecimiento y la ruína material y moral. Quedaos ahí, con los vuestros, con los que son como vosotros; conmigo no podéis venir porque yo no me acompaño de cadáveres insepultos. Yo quiero constituir una familia, libre, honrada, fuerte, inteligente y generosa; familia que produzca seres sanos de alma y de cuerpo. Para eso no me sirves tú, Matilde. ¡Ven tú, Aurora! Cierto que eres ignorante porque no te han educado; que has caído porque nadie se ocupó en sostenerte; pero eres buena, tu sangre es pura, tu corazón está sano, por tus venas circula vida robusta, en tu alma existen sentimientos honrados; eres capaz de vivir, de amar, de vencer; ven conmigo á ver si, entre este cerebro que piensa y ese corazón que siente, pueden constituir algo grande, que sea, como tu nombre, Aurora de una humanidad.”

* * *

Quiero yo que esta obra sea un símbolo de la vida social estudiada en el medio ambiente español. La clase media, la gran masa de nuestra clase media pudiente estará representada por Matilde y por su familia; la suma de todos los individuos que componen esa familia, ha de constituir el emblema vergonzoso de casi toda la alta clase media española, roída por el fanatismo, por la codicia, por la venalidad, por la ambición mezquina, por el vicio grosero, por la ignorancia barnizada y por la degeneración física. En Doña Remedios encarnará la fotografía de esas señoras que fueron en su juventud livianas, que desgastaron de mozas su temperamento y traen, aparejada con su persona, una ruín herencia física y moral; que gozan del mundo, mientras son jóvenes y luego se entregan á las prácticas religiosas con estúpida persistencia y calculado fanatismo. De esas mujeres que descuidan la educación y la vida de sus hijos en manos de frailes y monjas, que les nutren el cerebro de imbéciles preocupaciones, que les obligan á ser hipócritas y, tras de educarlos mal, los lanzan á la vida completamente inútiles para las luchas humanas y para el servicio de las grandes ideas.

Don Ambrosio, será el magistrado que sin independencia para el ejercicio de su carrera y sin energía para arrostrar las iras y los despechos del poder, vende la justicia por un ascenso, por una propina ó por un deleite. El doctor Ramírez, la encarnación del hombre de ciencia por su título, del farsante por sus acciones; del que no hace de su profesión sacerdocio, sino granjería, y sólo piensa en enriquecer y engañar á los necios con frases huecas, aptitudes solemnes y alardes de omnisciente sabiduría. Don Homobono, el jesuita de levita que representa y auxilia en el mundo las codicias, las ansias de acaparamiento de la Iglesia que no contenta con fanatizar conciencias y embrutecer cerebros; de

apoderarse de la inteligencia y de la voluntad de los seres por ella fanatizados, quiere también su oro, y no repara en villanía alguna para lograrlo. El general difunto, el tipo de nuestros gobernantes que sólo piensan en enriquecerse, aunque su enriquecimiento traiga consigo la ruina patria; como representa el padre, no existente, de Matilde, el tipo del negociante, del traficante en oro que sólo en tener oro piensa, aunque el conseguirlo cueste la felicidad y la honra de cientos de infelices.

Matilde y Enrique son la juventud, el retoño que puede brotar de esas ramas podridas.

Eso son ellos. Y como dos combatientes, separados por una fortísima muralla, se alzan, encima y debajo de ellos, Manuel, el hijo de la clase media, ennoblecido por el estudio y por el trabajo, independizado por la inteligencia, dispuesto a remover el mundo con las iniciativas de su genio; Manuel, representación de la inteligencia y de la justicia, y Aurora, la hija del pueblo, que en medio de su miseria se conserva sana, en medio de su abandono, honrada; en medio de su ignorancia, noble; y en medio de su miseria, buena.

Esas dos aspiraciones, la aspiración inteligente de arriba y la aspiración suplicante de abajo, uniéndose un momento, para separarse después por las exigencias brutales de la organización social; viviendo separadas, cada una por su sitio; la de arriba fortaleciéndose y engrandeciéndose; la de abajo cada vez más suplicante y más desatendida. La movediza muralla que entre ellas se interpone, tratando de embrutecer á la una, de envilecer la otra; y las dos aspiraciones contemplándose á distancia, aproximándose fatalmente; compadeciendo la una, admirando la otra; hasta que llega un momento en que, la que admira ama, se penetra con la admirada, desea vivir con ella, combatir con ella, librarla de los lazos, de las asechanzas, de las celadas que se le tienden; y la que compadece, hace, más que compadecer los sufrimientos de la compadecida, se identifica con ellos, los considera como suyos propios; desea redimirla, salvarla; hacerla suya para ser de ella; hasta que, aproximándose cada vez más, con empuje simultáneo, derriban la muralla que se opone á su unión, la destruyen y se juntan en abrazo fecundo para producir una humanidad nueva. Este debe ser el símbolo de la obra: la humanidad redimida por la inteligencia y por la fuerza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado á Manuel, en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios.

Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno por libros primorosamente encuadernados; el otro, que estará aforrado en rojo por dentro, ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos.

A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa-ministro de nogal, y un sillón de cuero de Córdoba con respaldo de talla. Encima de la mesa todos los utensilios «de ritual»: gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetro, lámpara eléctrica, etc., etc.

En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, á los de la puerta del fondo.

En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas.

El mueblaje de la habitación será, exceptuando un *puff* de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero.

Encima del *puff*, habrá un busto de Hipócrates, y en los ángulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal.

Del techo y perpendicular al *puff*, penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos.

La escena comienza al mediar la mañana.

Al levantarse el telón aparecen en escena Remedios, sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el Doctor Ramírez que estará sentado al lado de Remedios y Matilde en pie, figurando examinar el mueblaje y decorado de la habitación.

ESCENA PRIMERA

Matilde.—Remedios.—El doctor Ramírez.

MATILDE

¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho! (Dirigiéndose donde están Remedios y Ramírez.)

REMEDIOS

¡Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramírez, de este

AURORA